

30º domingo del tiempo ordinario

25 de octubre de 2026



EVANGELIO

*"Amarás al Señor, tu Dios,
y a tu prójimo como a ti mismo"*

 Lectura del santo evangelio
según san Mateo 22, 34-40

En aquel tiempo, los fariseos, al oír que Jesús había hecho callar a los saduceos, formaron grupo, y uno de ellos, que era experto en la Ley, le preguntó para ponerlo a prueba: —«Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la Ley?».

Él le dijo: —«Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser».

Este mandamiento es el principal y primero. El segundo es semejante a él: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Estos dos mandamientos sostienen la Ley entera y los Profetas».

Palabra del Señor.

«La Palabra del Señor, que acaba de resonar en el Evangelio, nos ha recordado que toda la ley divina se resume en el amor. [...] De hecho, la exigencia principal para cada uno de nosotros es que Dios esté presente en nuestra vida. Como dice la Escritura, él debe penetrar todos los estratos de nuestro ser y llenarlos completamente: el corazón debe saber de él y dejarse tocar por él; e igualmente el alma, las energías de nuestro querer y decidir, como también la inteligencia y el pensamiento. Es poder decir, como san Pablo: "No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí" (Ga 2, 20). [...] Al declarar que el segundo mandamiento es semejante al primero, Jesús da a entender que la caridad hacia el prójimo es tan importante como el amor a Dios. De hecho, el signo visible que el cristiano puede mostrar para testimoniar al mundo el amor de Dios es al amor a los hermanos.

BENEDICTO XVI, Homilía, 23 de octubre de 2011.

«El Misterio de la Salvación en Cristo»

Al igual que otros prefacios, este prefacio común VI se caracteriza por exponer, a manera de acción de gracias, una síntesis de la obra salvífica del Padre por medio de su Hijo. A medida que vamos analizando este texto, iremos meditando en las etapas de este misterio y destacaremos los títulos que Cristo va recibiendo.

En la introducción, le decimos al Padre que es justo darle gracias por Jesucristo, su Hijo amado. Efectivamente, como Iglesia orante reconocemos que Jesús, cuyo nombre significa «Dios salva», también es el Cristo, el Ungido, el Mesías prometido para reinar en medio del pueblo. Realmente Dios, en la persona de Cristo, nos ha enviado a su Unigénito y el mismo Padre nos lo ha presentado como su Hijo amado tanto en su bautismo como en la transfiguración: *«Este es mi Hijo amado, en quien me complazco»* (Mt 3,17. Cf, Mt 17,5).

«Por él que es tu Palabra hiciste todas las cosas». Nosotros hemos conocido al Hijo de Dios gracias a su encarnación, pero él existe desde siempre y además por medio de él todo fue creado: *«En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe»* (Jn 1,3). Cristo es la Palabra del Padre por medio de la cual existe el Universo, pero Cristo también es la Palabra verdadera que Dios ha dicho para darse a conocer a la humanidad.

Por ser Palabra, el Hijo debía venir al mundo. Por eso la Iglesia reconoce la grandeza del Misterio de la Encarnación: *«Tú nos lo enviaste para hecho hombre por obra del Espíritu Santo...»*. Aquí tenía que exaltarse la misión de la Virgen María, por quien ha llegado a nosotros la Palabra. He aquí otros títulos cristológicos: encarnado y nacido de María, se tenía que convertir en nuestro Salvador y Redentor. Y así aconteció: Cristo hizo la voluntad del Padre como él mismo lo expresó en Getsemaní: *«...que no se haga mi voluntad, sino la tuya»* (Lc 22,42).

En definitiva, la misión del Verbo consistió en destruir la muerte, despojarla de su falso poder (cf. 1Cor 15,54-55), para manifestar la resurrección ya que él mismo es la resurrección y la vida (cf. Jn 11, 25-26). Esto mismo lo dice el himno del *Te Deum*: *«Tú destruiste la muerte y abriste a los creyentes las puertas de la gloria»*. Esta es la victoria de la vida sobre la muerte y el establecimiento de la Iglesia como auténtico pueblo santo de Dios que confía en alcanzar esta gloria en la eternidad.

Dios espera una respuesta totalitaria

«A Dios lo que es de Dios». Resuenan todavía las palabras de Jesús en el Evangelio. Han quedado en el aire como un fuerte desafío. Y van pasando por delante de Él todos los grupos del Israel de entonces, para examinarlo, para hacerlo caer en la trampa. Y sale victorioso siempre. En la lectura continua del Evangelio, la Iglesia ha omitido en este ciclo la discusión con los saduceos acerca de la resurrección de los muertos.

En cuestión de leyes los fariseos son especialistas. Y Jesús no va a ser menos. No era difícil responder a una pregunta como esa, si todo judío tres veces al día cuando recitaba la oración de la Shemá Israel afirmaba con la unicidad y la soberanía de Dios el deber de amarle con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. Jesús confirma esta doctrina y la completa con la afirmación del amor al prójimo como lógico complemento del amor de Dios. Pues quien ama al prójimo ama lo mismo que Dios ama. Se juntan, por decirlo así, en el mismo rayo del amor de Dios nuestros amores.

Primero, pues, el amor de Dios. Sin rebajas. Con la totalidad del corazón. Poniéndolo en el primer lugar. Que la fuerza de afirmar que lo principal es amar y servir al marginado es que el que ha quedado de veras marginado en nuestra vida ha sido Él; o por lo menos, nos hemos olvidado de esta totalidad de la entrega a Él en el campo afectivo, en la mente que busca, en la vida que realiza obras en su servicio. Se nos ha llenado la boca de la afirmación que Jesús es el hombre-para-los-demás, que nadie lo niega, y nos hemos olvidado de su constante entrega amorosa al Padre, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. Es Él ante todo el Hijo que realiza la totalidad de la ley. Y por eso nadie como Él ha realizado el segundo precepto, el amor al prójimo, con tanta perfección, hasta dar la vida por él.

Dejémonos de dualismos. Se ha comparado con razón la indisoluble unidad entre el amor de Dios y el amor del prójimo a una semilla, semilla divina, que cae en la tierra de nuestro corazón, es decir en la totalidad de nuestros sentimientos, energías, voluntad. La semilla contiene en sí el mismo amor de Dios derramado en nuestros corazones. Esa semilla va echando raíces y va despuntando poco a poco, desde

¹ J. CASTELLANO, *Orar con el año litúrgico. Ciclo A*, Madrid: EDICEP 2010, 184-186.

debajo de la tierra, en la unidad indisoluble de una misma planta. Las raíces son el amor de Dios. La planta con sus ramas, sus hojas y sus frutos son el amor al prójimo. Sin las raíces la planta se seca. Sin los frutos es estéril. Al crecimiento en la raíz corresponde la fecundidad de la planta en frutos.

Así tiene que ser exactamente en la vida cristiana. Tenemos necesidad de sumergir la raíz de nuestro corazón en las aguas sacramentales, en la hondonada de la oración, allí donde a Dios le damos la totalidad del corazón, del alma, de las fuerzas, del tiempo. Como hacía Jesús cuando oraba. Y Dios nos espera también en el encuentro cotidiano del servicio, para decirle con obras lo que hemos prometido en la oración con deseos y palabras. Por eso el amor del prójimo es como el sacramento del amor a Dios, el signo evidente y eficaz de nuestra entrega a su voluntad, la más palpable evidencia de que la raíz es profunda y que el amor de Dios está arraigado en el terreno de la vida. Como quien ve un árbol frondoso no puede menos de pensar en las hondas raíces que ha echado en la tierra.

El Antiguo Testamento no era ajeno a esta sensibilidad concreta por el amor al prójimo. La primera lectura nos ofrece una serie de conmovedores preceptos, con honda sensibilidad social, con auténtica compasión humana. El grito del pobre llega hasta Dios. Son los pobres los que nos hacen oír la voz del padre en sus hijos. Jesús no ha negado la ley antigua. La ha perfeccionado. Él mismo es la exégesis, la interpretación cabal. La ha relanzado con su mandamiento nuevo. Ha desbaratado todo dualismo y ha alargado la medida del amor al prójimo hasta ese «dar la vida por sus amigos».

Y los cristianos han entendido este mensaje. Desde siempre. Lo sabían los antiguos monjes, que tan lejano a veces nos parecen de nuestra mentalidad y tienen salidas de una modernidad impresionante. He aquí una respuesta de San Juan Clímaco: «Puede suceder que mientras estamos orando venga a vernos un hermano. Entonces hemos de elegir: o interrumpir la oración o entristecer al hermano, negándonos a responderle. Pero el amor es más grande que la oración; la oración es una virtud, pero el amor comprende en sí todas las virtudes». Una anécdota que se repite en toda la historia de la espiritualidad, desde los monjes a San Vicente de Paúl. Así lo viven hoy muchos cristianos que no soportan el dualismo. Así nos lo recuerda esa mujer que grita el Evangelio con su vida, Teresa de Calcuta, la cual, en fidelidad al Evangelio dice que hay que pasar muchas horas en adoración de la Eucaristía para aprender a contemplar el rostro de Jesús y servirlo en el hermano necesitado.

30º domingo del tiempo ordinario – Textos proclamados
Comentario a las lecturas bíblicas²

Ex 22,21-27 – *«Si explotan a viudas y huérfanos, se encenderá mi ira...».*

El humanitarismo, especialmente con los seres desvalidos (el pobre, el huérfano, la viuda, el forastero) es una característica del Deuteronomio, pero también aparece aquí y allá en los otros Códigos. Aquí se prohíbe la usura con el pobre y el devolver a tiempo el manto tomado en prenda, y por la razón humanitaria de que tenga con qué defenderse del frío cuando llegue la noche. Estas leyes humanitarias tenían, sin embargo, una limitación que había de suprimir el Evangelio. Se referían sólo al israelita («uno de mi pueblo»), y por algunos textos, no al israelita pecador. Este particularismo de raza se iría resquebrajando poco a poco.

1 Tesalonicenses 1, 5c-10 – *«Abandonaron los ídolos para servir a Dios y esperar a su Hijo».*

Pablo felicita a la comunidad de Tesalónica por el modo como aceptó la proclamación del Evangelio. Esta comunidad se ha convertido en un testimonio de fe para las otras, comunidades. El testimonio de Tesalónica es misionero, pues ha servido para una proclamación más rápida y eficaz de la Palabra. Y este testimonio consiste no sólo en contar cómo aceptaron el Mensaje, sino también en exponerlo sintéticamente, tal como Pablo lo predicó (vv. 9-10): la conversión al único Dios y la aceptación de Jesús como Hijo de Dios, Señor resucitado.

Mateo 22,34-40 – *«Amarás al Señor tu Dios y a tu prójimo como a ti mismo».*

A lo largo de la historia de la salvación y de muchos modos Dios ha ido revelándonos un Mensaje; «en los últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo» (Hb 1,2). En esta Revelación de Dios que compromete a todo cristiano hay una jerarquía de valores. Lo fundamental es el compromiso sincero de entrega a Dios por medio del cumplimiento de su único mandato: amor de servicio al prójimo. Esta doble vivencia (Dios-prójimo) viene encerrada en la práctica viva del amor al prójimo como a nosotros mismos (Rm 13, 8). Esto es la ley en su plenitud (Rm 13,10; 1 Cor 13, 1-7). Nuestra actitud poco auténtica con Cristo puede ofuscarnos la claridad del mensaje de Dios e impedirnos ver lo que constituye el cimiento de nuestro existir en Cristo.

² SECRETARIADO NACIONAL DE LITURGIA (España), *Comentarios al leccionario dominical*. Ciclo A, 304-306.

30º domingo del tiempo ordinario

25 de octubre de 2026

«Amarás al Señor tu Dios y a tu prójimo como a ti mismo».



Moniciones

Entrada

Querida comunidad: Que se alegren los que cada domingo buscan al Señor para celebrar su amor y su salvación. Participemos con fe en esta Eucaristía, demostrando que queremos cumplir con este mandamiento: amar a Dios y amar al prójimo. Bienvenidos.

Liturgia de la Palabra

En este domingo Jesús responde a una pregunta: ¿cuál es el mandamiento más importante? Escuchemos atentamente estas lecturas porque son palabras de vida eterna. Y, habiendo escuchado, guardemos esta enseñanza en nuestra mente y nuestro corazón.

Presentación de los dones

Cristo nos ha amado hasta el extremo y se ha entregado por nosotros. Ahora nosotros presentamos nuestra vida en el altar como signo de nuestra devoción, con el deseo de amar a Dios con todo nuestro ser.

Comunión

Participar en la comunión con el Cuerpo de Cristo significa recibir su amor infinito. En este regalo tan grande encontraremos la fuerza que nos hará capaces de amar a Dios y a nuestros hermanos. Acerquémonos con fe.

30º domingo del tiempo ordinario

25 de octubre de 2026

«Amarás al Señor tu Dios y a tu prójimo como a ti mismo».



Oración universal

Hermanos y hermanas: acogiendo en nuestra vida el mandamiento del amor, presentemos a nuestro Dios estas súplicas por las necesidades del mundo y digamos:

R/. Padre de amor, escúchanos

- † Oremos al Señor para que la Iglesia ejerza su misión pastoral con espíritu de servicio y entrega, dando testimonio del amor a Dios y a los hermanos.
- † Oremos al Señor para que todos los misioneros, sacerdotes, religiosos y laicos, sean signo de Cristo para aquellos que no han conocido el amor de Dios.
- † Oremos al Señor para que en el corazón de todos los hombres crezcan siempre sentimientos de paz, de justicia, solidaridad y amor a los hermanos.
- † Oremos al Señor para que los enfermos, especialmente los agonizantes, encuentren consuelo en tu cruz que es signo de esperanza y de fe.
- † Oremos al Señor para que nosotros, reunidos en torno al altar, fortalezcamos cada día nuestro propósito de crecer en el conocimiento de Dios y el amor a Jesucristo, su Hijo.

Escucha, Padre, nuestras humildes oraciones.

**Tú que eres la fuente de toda gracia y bondad,
enséñanos a amarte con todo nuestro ser.**

Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.